

Reconocemos el pecado y nace la tristeza; descubrimos la acogida y el perdón de Dios y con las lágrimas de esta tristeza somos bautizados para una vida de gratitud y esperanza, para la alegría eterna del amor.

Medita sobre la presencia de esta tristeza nacida del amor inagotable de Dios. También en la esperanza que encuentras en Dios frente a tus ataduras al pecado... Da gracias.

**El pecado y la salvación
(entregados por los caminos del Señor)**

Yo no te condeno, vete y no peques más (Jn 8, 11)

Después de que el creyente ha experimentado la fuerza del pecado y los abismos de desgracia y muerte a los que conduce, sabe este *es* la verdadera condena y que la presencia de Dios y sus palabras nos ofrece la vida verdadera. Ahora, con la confianza de tener su presencia como fuente de vida comienza la lucha para coincidir con lo que somos en su proyecto de salvación.

Una lucha a muerte, porque se trata de vida o muerte y no solo de ser un poco mejor o un poco peor. Ahora sabemos que aunque caigamos lo importante es no vendernos a la desesperación, sino caer al lado del Señor para que él nos levante y podamos seguir avanzando hacia la tierra prometida.

Cumplir la voluntad de Dios ya no será más la forma de presentarnos como buenos ante el Señor, sino alcanzar nuestra verdadera vida, la que Él nos da y lleva todo a plenitud, aunque deba atravesar dificultades y conflictos.

Repite en tu interior: *A dónde iremos si solo tú tienes vida eterna.*



Para terminar recita lentamente el salmo 31



DEJAOS RECONCILIAR POR DIOS.

En el inicio de la cuaresma se nos signa con una cruz de ceniza que nos remite a nuestra fragilidad, nuestra pobreza, nuestro pecado, nuestra falta de relieve en el mundo pues somos como hierba *que florece y se renueva por la mañana y por la tarde la siegan y se seca* (Sal 89).

Ahora bien, esta cruz unida a Cristo se celebrará en *Viernes santo* como victoriosa. Así al signar con ella la memoria de nuestra fragilidad podemos acoger la esperanza que Cristo ha abierto para nosotros al ofrecernos su vida para morir y resucitar con él.

Este es el camino de la Cuaresma. Abrirnos a Cristo hasta que él nos lleve hasta el misterio del perdón, la vitalidad y el futuro de nuestra vida en Dios.

En esta oración nos centramos en la meditación del pecado y de la gracia en la propia vida y en las etapas que es necesario recorrer de la mano del Señor. Para ello utilizaremos textos de Thomas Merton que nos ayuden a adentrarnos en este misterio de nuestra vida.

Como siempre, antes de empezar, prepara tu cuerpo y tu corazón, ponte reposadamente en presencia de Dios y solo luego comienza la meditación sin prisas.



El pecado y la perfección (encerrados en nuestro pecado y distantes entre nosotros)

Un pecador, tal como lo entiende la liturgia, no es un hombre convencido teóricamente de que la violación de la ley conlleva el castigo de la culpa.

Cuando el hombre cree que el pecado consiste fundamentalmente en incumplir una ley está más pendiente de sí mismo que de Dios y de los demás. Siente que si no es perfecto no será aceptado por los demás y por Dios. Por esta razón habitualmente se siente juzgado y condenado en su fondo más profundo.

Esto le lleva a esconderse de los otros y de sí mismo. Cuando los fallos de su vida se le hacen manifiestos a él o a los otros enseguida busca culpables. Su pecado es siempre una fuente de 'humillación interior' y 'acusación hacia el exterior'.

Esto le sucede igualmente ante Dios al que solo puede ver con ese daltonismo en el que confunde a Dios con un vigilante de la ley. Huirá de este Dios a través de ritos que le hagan sentir que está limpio, que todo quedó atrás, que Dios puede mirarle con buenos ojos. En el fondo no confía en su misericordia y siempre intentará presentarse ante él como un hombre justo.

Medita hasta qué punto estás atado por esta forma de entender el pecado que no nos deja encontrarnos con el verdadero Dios, el que se revela en la acogedora hospitalidad de Jesús con todos. Pide al Señor la iluminación de tu entendimiento para saber discernir.

El pecado y la conversión (juntos, con la misma ceniza en nuestro corazón)

Un pecador, por el contrario, es un hombre que siente que se ahoga, un barco que se hunde. Las aguas irrumpen en él por todas partes. Se deshace bajo la presión de la tormenta que ha roto su voluntad, y ahora las aguas irrumpen en la bodega, y él se siente arrastrado hasta el fondo y allí exclama a Dios: *las aguas anegan mi barca*'

Un pecador es el que siente su fragilidad, el que se reconoce ante Dios atado a sus propias trampas, atado a sus propios defectos y miserias,... Dios aparece como un espejo ante el que no se puede esconder, ante el que no vale ningún *photoshop*.

Dios es entonces aquel ante quien reconoce su debilidad, su impotencia frente a un pecado que le sujeta atado a sí. Entonces ya no puede esconderse detrás de las culpas de los otros. Se reconoce como secuestrado por el mismo mal y sin fuerzas, puede sentir que el pecado no es solo suyo ni solo de los otros, sino una especie de tercero que domina y nos degrada a todos. Y el corazón, aprende que al pedir misericordia para sí, debe hacerlo para todos: *Señor, ten piedad*. Este es el pecador de la liturgia.

Medita hasta qué punto percibes esta situación en ti y cuál puede ser tu camino en este sentido. En comunión con la humanidad pecadora repite ante el Señor: «Señor, ten piedad...»

El pecado y la confianza (envueltos por un manto de la misericordia de Dios)

Del tesoro infinito de su misericordia Dios saca el don de la compunción para nosotros. Es una tristeza sin miedo servil, más profunda y tierna por recibir el perdón del amor tranquilo y sosegado del Señor misericordioso.

Cuando en medio de nuestro pecado el Señor nos permite conocer su amor infinito por nosotros nace una tristeza distinta a toda otra tristeza mundana. Allí, frente a él percibimos la verdad de nuestra vida y la verdad de su amor por nosotros, experimentamos el abismo del pecado, nuestra dependencia de él y la desgracia que esto supone.

Pero vemos a la vez la fuerza de su amor que nunca nos da por perdidos y nos viste con la fuerza de su misericordia para que no desesperemos

Nace entonces una tristeza que ya no genera desesperanza, ni resentimiento, ni acusaciones... pues es fruto de la alegría de saberse rescatado, recogido del peligro por el Señor mismo. De saber que Dios no nos abandona y podemos confiar incluso en este mundo de desgracia que creamos entre todos.